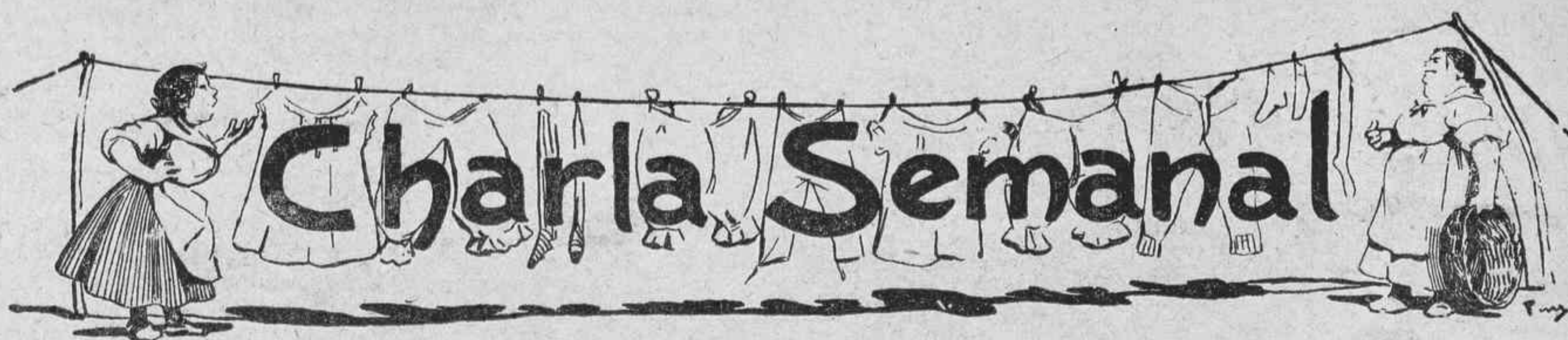




20
CÉNTIMOS

JOSÉ FRANCÉS

Su ingenio fresco y lozano
se nos muestra tal cual es,
y, con la pluma en la mano,
es el único "Francés"
que domina el castellano.



LOS MUÑECOS HUMANOS...



Los detractores de Fernández Llanos están de enhoramala. Esta vez, al menos, las sistemáticas censuras con que, continuamente, pretenden vejarse, se estrellan ante el férreo valladar que su orden, digna de ser loada, pone á la instintiva maldad humana, porque sobre las censuras dirigidas, sólo por hombres de ruines sentimientos y de deleznales intenciones, se alza su deseo, no de coartar la libertad, sino de que esa libertad mal entendida sea reducida á una medida ó se le ponga un freno—el freno de la honradez y la medida de la bondad.

Fernández Llanos, en estos últimos días, ha ordenado la clausura de un barracón sito en los solares en donde, años hace, estuvo enclavado el Hospital de San Juan de Dios. ¡Qué arbitraria esta orden! ¡Qué deseo de hacer daño á un pobre hombre dueño del local mandado cerrar por el inflexible Jefe superior de la policía gubernativa!... Estas ó parecidas habrán sido las exclamaciones de los descontentos siempre, por las decisiones de Fernández Llanos. Y, como siempre también, no se habrán detenido, ni un momento, á averiguar el motivo de por qué fué dictada esa orden que los comentaristas de mala fe critican y los que saben ir de los efectos á las causas, y aun subir desde las causas á los principios, con gran calor alaban, y, por siempre, alabarán.

Y el motivo fué... En aquel barracón mandado cerrar por órdenes superiores se exhibían seis ú ocho hombres con trajes de colores chillones y de formas histrionescas. Para aquellos hombres, á quienes el hambre había allí llevado, no tenía el público, el buen público como han dado en llamarle algunos optimistas, una expresión de lástima ni una mirada de compasión. Al contrario. El sufrimiento que en sus caras mostraban era como un espoleo á su risa, una risa tras la que se descubría la maldad que la dictaba. Pero no era esto sólo. El público, el buen público, martirizaba á aquellos deprimidos seres arrojándoles á la cara pelotas de trapo, que no diré que les hicieran daño, materialmente, aunque sí, y mucho, moralmente. ¿Qué idea tendrán de los hombres esos otros pobres hombres? Bien despreciable, con seguridad. Para ellos la humanidad será, como reza nuestra católica religión, un valle de lágrimas, de lágrimas que, únicamente, ellos derramarán entre las contracciones que formen sus caras, anemiadas, pálidas, al sonreír...

En París, ya hace años, vi un espectáculo similar. En un barra-

cón de las orillas del Sena, cerca del puente que lleva á la Barrera del Trono, exhibíase un *clonw* anciano á quien la miseria había llevado hasta allí, después de consumirle el trabajo. No estaba apto para nada. Su voz, aquella voz que en medio de la pista era como un toque de clarín, los gestos, los ademanes, todo, en fin, de él había huído con la juventud. Pero le quedaba el estómago que, á ciertas horas del día, le hacía ver el imperativo categórico de la necesidad que tenía de verse lleno. El pobre *clonw* sin contrata decidió presentarse al público para que el público jugase con él como se juega con una piltrafa. ¡Esto era, en verdad, una piltrafa humana que supo hacer reír á tres generaciones sin pensar que tras los días de risa no habría segundos de lástima, y que á trueque de haberlos divertido no lo compadecerían nunca, nunca.

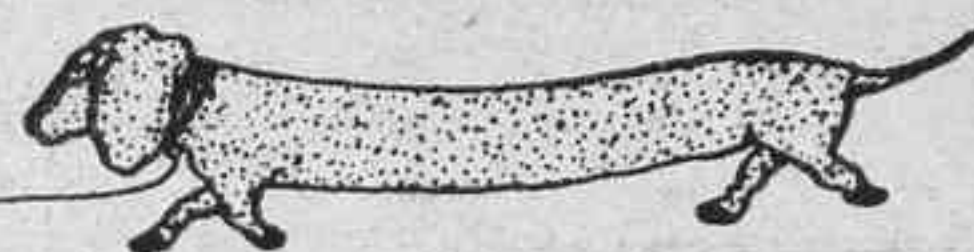
Aquel hombre presentóse al público hasta que Lepine, el árbitro de París, se enteró de lo que ocurría. Y el mismo día fué suspendido el espectáculo. La cara enharinada del *clonw* ya no divertiría más á los estudiantes que allí iban para emprenderla á pelotazos con el infeliz que de aquella manera iba retrasando la muerte sin vivir la vida.

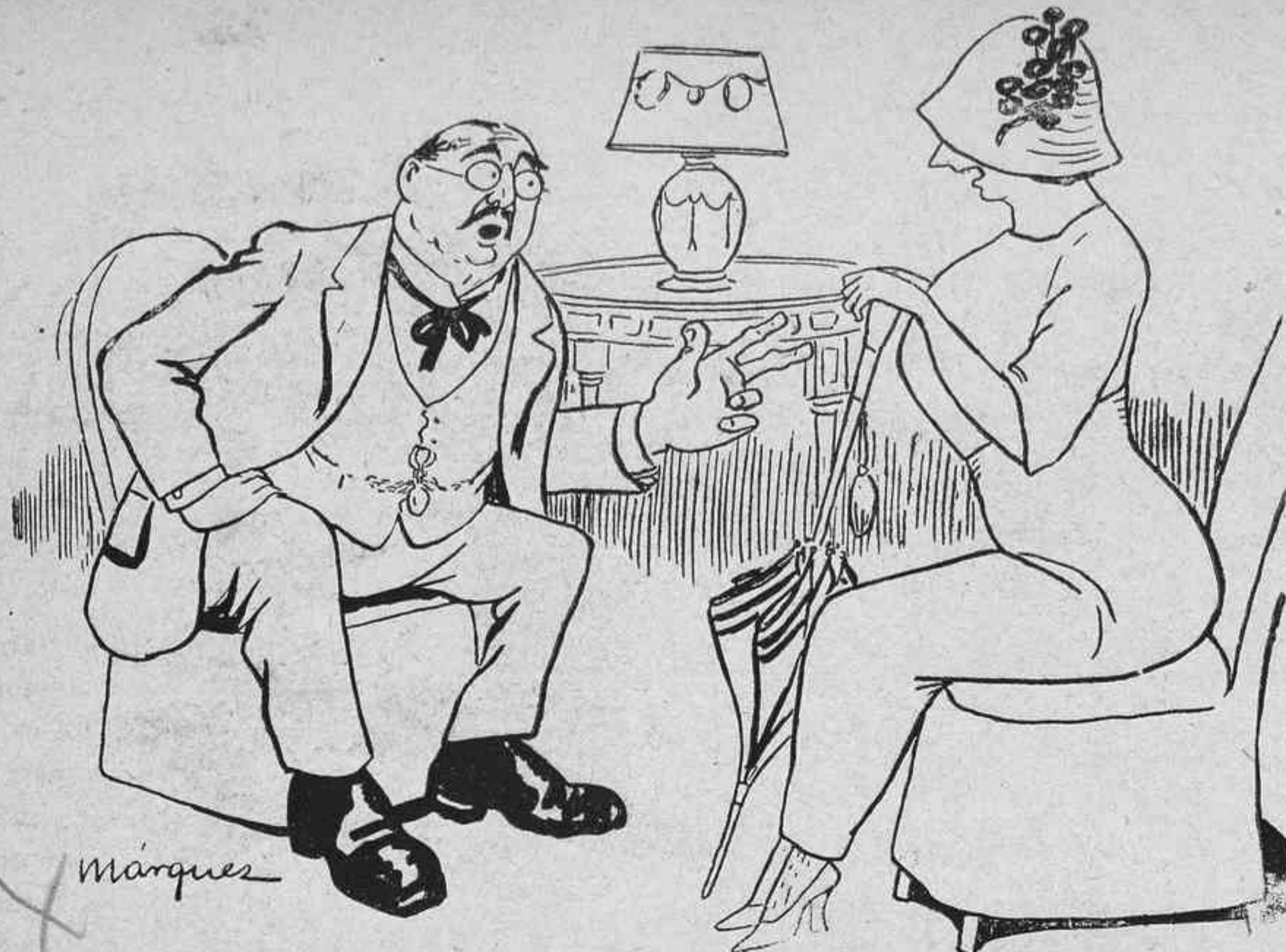
Fernández Llanos ha hecho bien. Lo que venía ocurriendo en el barracón sito en los solares donde antiguamente estuvo enclavado el Hospital de San Juan de Dios, era vergonzoso en extremo. Allí, por las tardes, iba un grupo de muchachos cuya diversión, única, consistía en pegar pelotazos á los muñecos humanos. Y cuando uno de ellos era dado con más fuerza, y hacía contraer la cara de la víctima en una mueca de dolor, la risa y la algarazara llegaba al límite señalado por sus insanos instintos.

¡Vida triste es, en verdad, la de esos pobres hombres! La risa de los demás les ha de entristecer á buen seguro. Ellos, en su fuero interno, allí donde los pensamientos se desnudan, cínicos, por acusarse recios, abrigarán una idea bien ruin de esta humanidad, que deja irredentos los más grandes dolores y las mayores desgracias.

Loada sea la aptitud de Fernández Llanos. Una orden suya ha hecho que cese una injusticia sancionada por la sociedad. Ya en el barracón de la calle de Atocha no habrá unos hombres, que por mandatos del estómago prestábanse ser monigotes, no sólo del público sino de un empresario que nada le importaba el beneficiar su bolsillo á expensas del sufrimiento del prójimo. Ya en el barracón de la calle de Atocha no habrá unos hombres que resistan la bestialidad humana, en libertad, sin medida y sin freno, y que muchas veces, muchas, habrán sorbido una lágrima de dolor al sonreír.

Luciano de Taxonera.





—Pues venía á pedirle una limosna para los pobres de mi conferencia, señor banquero.
 —Yo lo siento, pero me es imposible.
 —Por Dios, hacerme usted ese feo, cuando su hijo me ha dado doscientas pesetas!
 —Es que mi hijo tiene la suerte de tener un padre millonario.

Un viaje de instrucción

(SUCEDIDO)

Hace ya unos cuantos años (estudiábamos entonces Derecho penal) marchamos treinta ó carenta señores al mando del catedrático X—no digo su nombre porque casi sin decirlo todo el mundo lo conoce—. Era aquel viaje de prácticas, no de recreos ni goces: íbamos á los presidios, donde se pudren los hombres, á estudiar sobre el terreno, á tomar de cerca informes, á ver las llagas sociales lacerando á ciertos hombres, y á echar sobre ellas el bálsamo de la Ciencia. (Estos renglones no son míos, son las frases con que el profesor, á voces, nos arengó en la estación desde el estribo del coche. Pues bien: llegamos á Ocaña, lugar elegido entonces como *retorta* científica de nuestras combinaciones. Visitamos el presidio, estudiamos en los hombres los delitos y sus causas, se planearon informes de acusación, de defensa... de todo. Entre aquellos hombres había uno alto, flacucho, con un tipo tan innoble, con una cara tan rara, llena de chafarrinones y cicatrices, que era el vivo retrato en bronce de ese *coco* que á los niños,

y... quién sabe si á los hombres, les hace cerrar los ojos é invita á ser dormilones.

—¿Cómo te llamas?—le dijo el profesor.

—¿Yo?... Juan Robles; pero en el penal me llaman *el Loro*.

—¿Por qué?

—Pues hombre, porque como corazón humano, si me lo ponen al alcance de un cuchillo de esos que *tién* fino el corte.

—¿Y tú qué condena tienes?
 —Pues me pedían garrote, ¿sabe usted?, mas lo dejaron en una *perpetua* doble: ¡total, cincuenta y seis años, y de esos ya llevo doce!
 —¿Cuál fué tu crimen?

—Mi crimen fué el crimen de *toos* los hombres que aspiran á ser valientes para que nadie les moje la oreja.

—A ver, cuenta, cuenta. Fulano y Mengano, tomen nota de lo que éste diga para que después informen.
 —Pues *ná*, que un día en mi pueblo, ú mejor dicho, una noche...
 —Nocturnidad.

—¿Qué?

—No; siga.

Estábamos á la puerta de una taberna seis hombres. Uno me pisó un *juanete*, y en vez de decir "perdone,, me hace así con este dedo... Me cegué: le di un mandoble; después, con la cabritería, le di diez y siete golpes; cayó, le di la puntilla con la porra de un garrote, le corté un cachito de hígado pa comerlo con arropé y le saqué el corazón pá hacerlo con *all-oli*.

Hubo un silencio de muerte: contemplamos aquel hombre con espanto; el catedrático se fué hacia aquel tipo innoble y le preguntó:—Hubo dolo? Miró idiotizado Robles; se pasó un momento y dijo sin contenerse y á voces:
 —¡Mire usté: lo que hubo allí fueron *muchismos* riñones!

Mingo Revulgo.



Cómo un mozo de restaurant ve á los clientes al servirlos en un momento de prisas.



—¿Qué te pasa? ¿Te has puesto mala?
—No.
—Yo siento así... así...
—Claro, señorito; es que ahora viene el plato más fuerte de la cena.



¿CÓMO se explican ustedes que un ciudadano, incapaz de escribir un artículo de periódico con una sintaxis decorosa y de perjeñar unos versos con alguna corrección, aunque no tengan poesía, guarde, sin embargo, en el fondo de su cofre un buen caudal de piezas de teatro? ¿En qué consistirá que un sujeto, dotado de la más pingüe incapacidad para el cultivo de las bellas letras, enhebre comedias, sainetes, tragedias, como si estos géneros estuviesen desligados del todo de la amena literatura?

Este es un contrasentido que me sume en una honda perplejidad. El teatro no es un género inferior, y, sin embargo, los tenderos de comestibles, los empleados, los sargentos, los aurigas, todo ciudadano español, en fin, tiene su piecicita representable.

Y estas comedias no son peores que las que solemos aplaudir en esos corrales cortesanos. Quizás porque no es posible que sean peores, me diréis.

Para juzgar de la mentalidad de sus autores es suficiente que nos fijemos en los cantables de las zarzuelas. Son éstas la flor de su espiritualidad y de su buen gusto.

Ved un modelo de cantable fúnebre-flamenco, que es el último aullido del género:

¡Olé cadáver,
viva tu sal!
¡No hay en el Este
otro como éste
tan cerebral!

Indudablemente los autores lo escribieron para regocijo de sus contemporáneos. Se equivoca quien afirma que les salió así en serio.

Hé aquí otro, hermano gemelo del anterior, con sus puntas de intención satírico-política:

¡Olé gusano,
viva tu sal!
¡Es una larva
con toa la barba
como Pidal!

Esto me recuerda aquellas coplas de Carlos Crouselles, aquel hombre extraordinario que fué á París en burro, que es el colmo de lo bufo, y supo terminar su vida absurda de una manera tan trágica:

¿Quieres á la federica?
¿Quieres á la grand'aumont?
¿Cómo quieres el sepelio,
negra de mi corazón?

Los señores del propugnáculo de la bohemia se han disgustado mucho conmigo. Y en vista de que yo no aceptaba la absurda in-

tervención en tan absurda sociedad han decidido nombrar presidente honorario, ¿á quién dirán ustedes? A Don Alfonso XIII.

Así: el rey presidente del propugnáculo de la bohemia. Me figuro que á Don Alfonso le habrá causado gran regocijo la proposición.

La bohemia, el más rabioso individualismo, convertida en sociedad, con su junta directiva, su periódico, sus reuniones y sus cuotas. Claro que todo esto sólo es un fenómeno aparente, y en el fondo hay un ansia de vivir de una manera agradable, con poco esfuerzo, agrupándose, porque tal vez la acción individual pueda ya ofrecer muy pocos resultados prácticos.

Me hace pensar así del propugnáculo—donde tal vez haya algún muchacho de buena fe—, el hecho de pertenecer á él el señor Granados, que durante algún tiempo me ha perseguido con el deseo de ser testaferro de ¡*Ahl vá!* Este señor no creo que tenga la menor relación con las bellas artes, á no ser que entre ellas se incluya el ejercicio de la esgrima. Porque el Sr. Granados no es mal esgrimidor, sobre todo audaz. Asalta á cualquier desconocido; comienza por intentar tocarle en dos pesetas y termina por pedirle un cigarrillo.

Pero estas virtudes no tienen nada que ver con la bohemia; *operar* á la gente es, algunas veces, un recurso para vivir, y para poder escribir después. Sólo por dar sablazos no hay derecho á creer que se es un bohemio, se es un desvergonzado, ó un mendigo, ó, sencillamente, una persona necesitada y nada más.

El primer acto que ha realizado el propugnáculo ha sido pedir dinero. Bien: esto no me escandalizaría si al mismo tiempo hubiera yo visto alguna prueba *escrita* del ideal, de la aspiración del famoso propugnáculo.

Ya digo que la intervención de dicho sujeto me da muy mala espina. Y me duele, al mismo tiempo, que se falsifique la palabra *bohemia*, que para los artistas de corazón es toda una leyenda. La bohemia es una aristocracia; por lo tanto es individualista, y, afortunadamente, no tiene nada que ver con la gallofa, con el hampa, con los profesores de esgrima, como el mencionado *operador ambulante* Granados.

Emilio Carrere





La subida del termómetro inició la desbandada.

Las calles y paseos de Madrid comienzan á ofrecernos el triste espectáculo de la soledad.

Todas las clases pudientes, y muchas de las no pudientes, abandonan más que de prisa este "chicharrero," del Barroso y el madroño, unos por prescripción facultativa que impone los baños de mar, ó de río (según la cuantiosidad de los capitales correspondientes), y otros, la mayor parte, porque se impone el veraneo á toda costa, aunque ésta sea del Mediodía.

La señal de partida la dieron los periódicos al anunciar con la debida anticipación, según es uso y costumbre, el viaje de los reyes.

Nosotros, así que supimos la marcha real, aunque nunca tuvimos una *posición desahogada* (pues gracias á Dios estamos bastante bien educados), no queriendo ser menos que el carbonero de la esquina, que también se va, dispusimos los baúles, maletas y demás chismes inventados para incomodidad del viajero, y nos preparamos para salir á pasar una temporadita fuera de casa, convencidos de que aquí no quedan ya informaciones sensacionales que hacer.

—¿Adónde vamos?—me pregunta Izquierdo.

—A buscar frescura—le respondo.

—Te advierto—me dice—que para eso maldita la falta que hace salir de Madrid.

—No importa. Hay que imitar á la gente de buen tono.

—Eso es música.

—¡Tú que sabes!

Después de largas discusiones, llegamos á un acuerdo y elegimos Vallecas como lugar de sentar y gastar en él nuestros reales. Era donde únicamente podíamos ir, dada la cantidad de que nuestros bolsillos disponían.

En unión de uno de esos hombres car-



gantes, vulgarmente conocidos por mozos de cuerda, partimos "con rumbo hacia allá."

Abandonábamos Madrid cuando empezaba á desperezarse la aurora.

Atravesando el *Pacífico* llegamos á costa... de no pocos trabajos é incidentes, á la grandiosa estación del tranvía.

Una vez allí aguardamos la salida del primer "expreso."

No éramos nosotros solos los que aguardábamos.

Inmensa multitud circulaba por los alrededores de la vía, dando visibles señales de impaciencia.

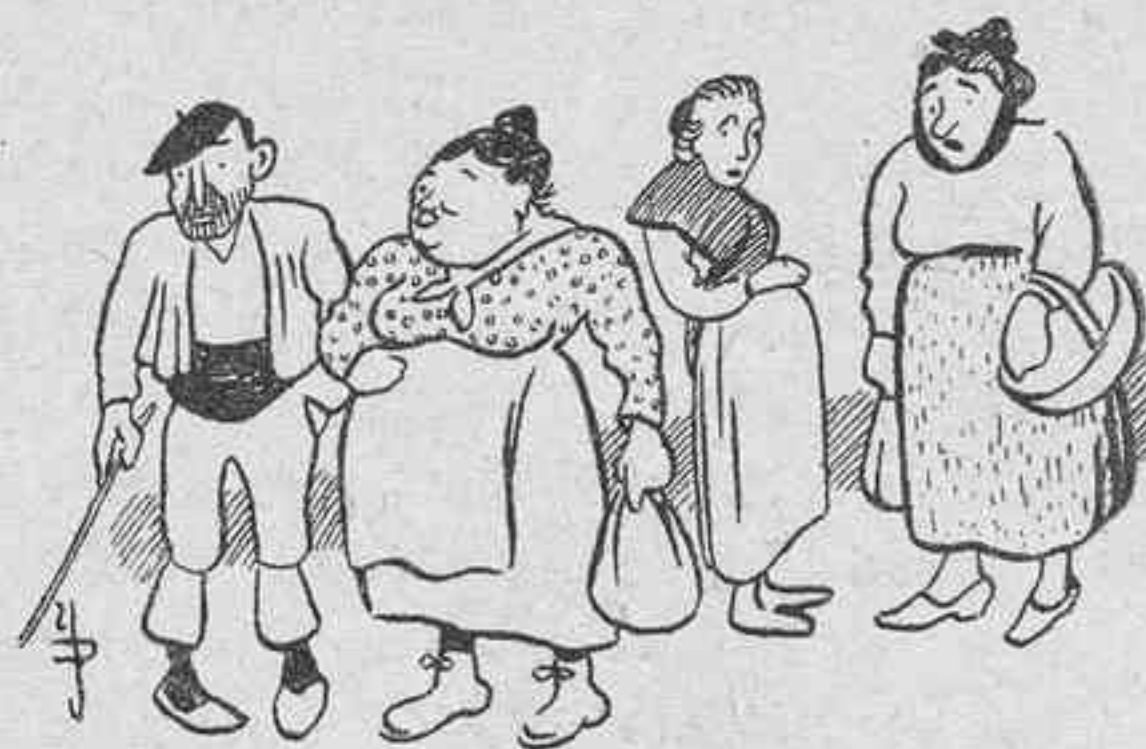
—¿Qué hace usted?—pregunté á uno—. ¿Pasear?

—A ver que vía—respondió—seguiremos luego.

Predominaban las mujeres.

Como nota curiosa apuntaré que todas llevaban bultos.

A los sesenta y cinco minutos y tres segundos de estar allí, un silbido ronco y estridente, como la voz de una primera



tiple del "género chico," pone las masas en movimiento.

Es la señal de partida.

Mi compañero y yo observamos con extrañeza que la gente no se da ninguna prisa en ocupar sus asientos.

Giran las ruedas, el *convoy* se pone en marcha y es entonces cuando empiezan á montar.

Al cuarto de hora de arrancar el tren continúan montando viajeros.

Conviene advertir que la velocidad que llevamos es aproximadamente la de unos sesenta... metros por hora. Algunos, sin aguardar á que el tren se detuviese, apeábanse para ventilar asuntos de gran interés, volviendo al poco rato.

Admirados de este modo de caminar, interrogamos al compañero de viaje más próximo.

—Diga usted, ¿este... tren va siempre lo mismo?

—Igual.

—¿Y no choca?

—No, señor. Ya estamos acostumbrados.

A fin de pasar el tiempo lo más distraído posible, nos asomamos á la ventanilla. Nuestros ojos se posan curiosamente en la locomotora, que más bien parece un baúl mundo con chimenea.

Al pasar por una curva muy pronunciada podemos ver que el maquinista va afeitándose.

¡Luego dicen que en España no hay personal práctico!

Los coches, divididos en dos clases, primera y segunda, se diferencian muy poco. La comodidad brilla por su ausencia.

Las mujeres de primera nos gustan mucho.

El tren se para. Apenas lo notamos. La máquina va á tomar carbón. Hemos andado medio kilómetro. Una hora de parada sin fonda, y la mole vuelve á ponerse en movimiento.

Izquierdo y yo tenemos que retirarnos de la ventanilla porque la locomotora se ha convertido en un despacho de leñas y carbones.

El paisaje que se ofrece á nuestra vista nos recuerda á Maura. Es soberbio.

Montañas gigantescas cuyas cúspides elevadas se dibujan majestuosas en el fondo azul del cielo; árboles frondosos de espesas ramas que albergan cariñosas á miles de pajarillos; ríos caudalosos que en sus límpidas aguas ofrecen fiel espejo á la madre Natura, que, orgullosa, se mira en ellas... ¡Nada! ¡Nada de eso tiene!

Una voz bronca y áspera como una escofina Losada nos saca de nuestro éxtasis contemplativo, gritando:

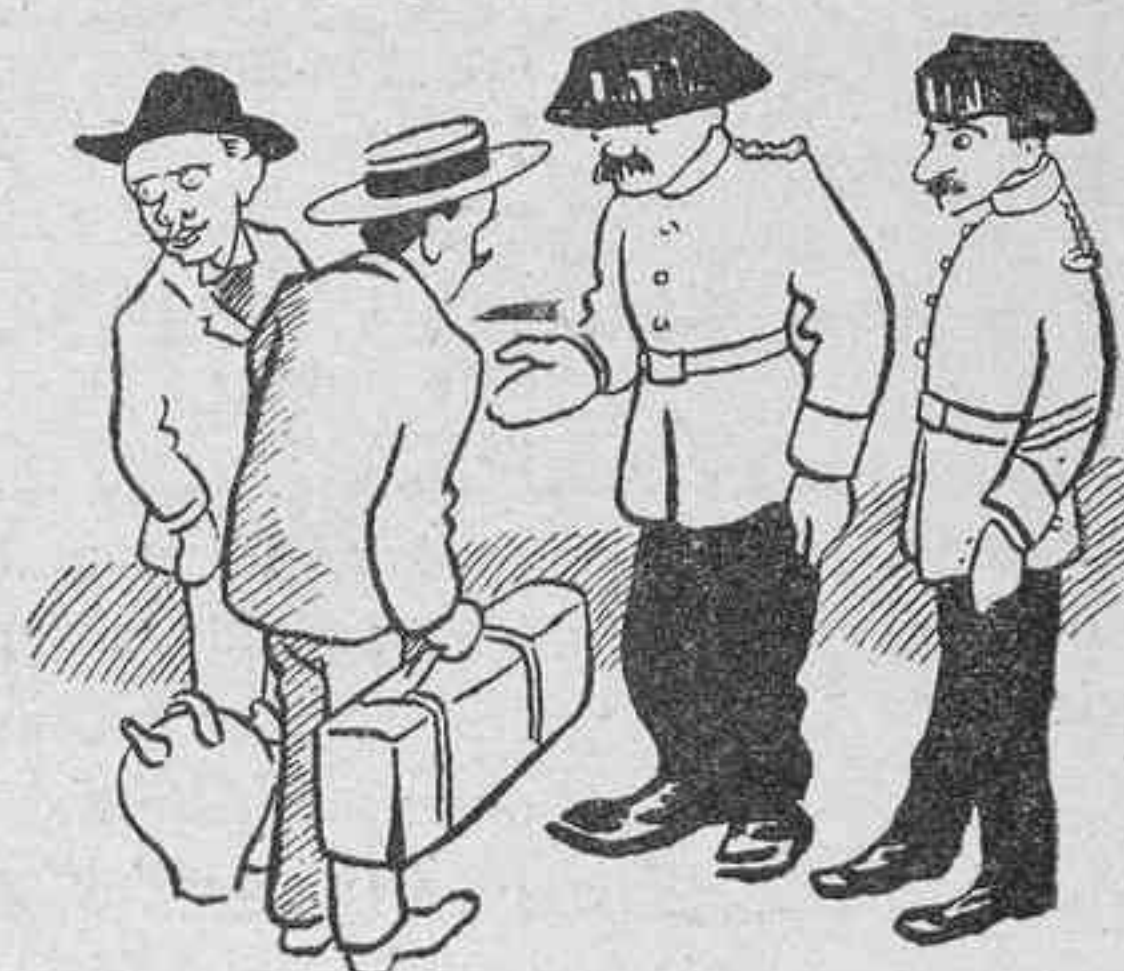
—¡Vallecas!

Hemos llegado á nuestro destino.

¡Oh, fatal destino!

En la plaza que sirve de estación nos espera la representación más brillante de la autoridad, encarnada en una negra pareja de la Guardia civil.

—¿Irán á prendernos por haber tenido



la ocurrencia de venir á pasar aquí el verano?

Afortunadamente no se meten con nosotros para nada.



Llegamos al hotel acompañados de infinidad de muchachas de la colonia, que nos dan ostensibles y patentes muestras de su *vasta* cultura y exquisita educación.

Allí nos encontramos con una lucida corte de nobleza y aristocracia. Entre ellos están el conde del Serrucho, la marquesa del Charco, la de Pelache, la condesa de Fornos con sus dos padres: el confesor y el legítimo, y, por último, el marqués del Real Apremio, que se lamenta de que no haya venido ningún barón; todos ellos de paso para San Sebastián.

Las visitas que recibo son numerosísimas.

De nada me ha servido recomendar á mis queridos compañeros de la Prensa

que guardaran silencio acerca de este viaje.

Todo el mundo, ¡todo!, se ha enterado, no sé cómo ni dónde, de nuestra expedición, y á la hora en que escribo las presentes líneas todavía no han cesado de venir á interesarse por el estado de salud en que nos hallamos, los amables y obsequiosos vecinos de esta distinguida ciudad.

—¿Conque ha venido *El Coco*?

—¿Dónde está *El Coco*?

—¿Qué hace *El Coco*?

Tales son las interrogaciones que por doquier se escuchan.

¡Oh! ¡Qué hermoso es llegar á la cumbre de la popularidad!

En el desierto había de encontrarme, y

estoy seguro de que las esfinges harían uso de la palabra para preguntarme qué tal y cómo me iba, ó si había salido con bien de la última información.

Mis numerosísimos y entusiastas lectores creerán que voy á continuar aquí la interesante serie de artículos sensacionales.

¡Ay! Desgraciadamente para ellos no es así.

Vine única y exclusivamente á disfrutar del descanso que tanto necesito.

Conque ya lo saben ustedes.

¡Adiós... y hasta otra!

¡Ah! No lloren por eso ¿eh?

Después de todo, la cosa no es para tanto.

El Coco de la Lata.



—Pues venía, tío Nicasio, á comprarle á usted una carguita de paja...

—Y que la tengo ogaño de la güena, de la que á usted le gusta.

(Dibujo de E. de la Torre.)

PLUMADAS

Anteanoche soñé con Mari-Rosa
(una rubia preciosa
que me sorbe los sesos),
y al ir á darla un apretado abrazo...
¡me pegué un batacazo,
que me ha dejado rotos cuatro huesos!

* *

Voy á darte un consejo,
lector amado.
Si escribes una obra
para el teatro,
no dejes que la lean
los empresarios,
porque existen señores
muy descocados
que la cambian el título,
la añaden cuatro
quintillas indecentes
y un chiste malo...
¡y se ríen de todos
los literatos!

* *

¿Cómo la voy á olvidar...
si me debe tres pesetas
que no me quiere pagar?

* *

Yo la pedí á la Virgen
una mañana,
que me diera un chiquillo
si me casaba.
Y me le ha dado...
aunque yo todavía
no me he casado.

* *

Vas diciendo á la gente
que no te quiero,
que si un beso me pides
yo te lo niego.
¿Pero tú no comprendes
que en estos tiempos
es una tontería
pedir un beso?

* *

Hace un año, en Pontevedra
me enamoré de una Paz...
que me dió bastante guerra.

José López Jiménez.

SKATING

ADAPTACIÓN MUSICAL DEL MAESTRO LAMIGA

Allegro Moderato

Voz

Fin

Fin

Refrán

D. Calvo Shostakov

AL AIRE LIBRE

Yo no he de decir que la villa y corte sea un aduar, como pregonan esos señores que padecen de callos en los pies, y que desearían tener asfaltado hasta el cielo del paladar ó la boca del estómago, pensando que en París, en Londres, en Berlín alfombran con alfombras de Bruselas hasta los hilos del telégrafo para comodidad de los caballeros pájaros. No; en todas las poblaciones hay zanjás y baches, ya que de algo han de vivir los cirujanos y ortopédicos, y hasta es una cosa muy justa que un ciudadano se rompa al truístamente un remo en beneficio de la Humanidad.

Pero si Madrid no es un aduar precisamente, se asemeja mucho en algunos barrios, durante las caliginosas noches del estío, á un campamento de rifeños.

“¿En qué se parece el calor á los caseiros?”—pudiéramos preguntar.—“En que echa á los vecinos de las casas,”—nos contestarían seguramente esos sujetos que se dedican á amenizar la vida de los demás haciendo chistes.

En efecto; hay muchos madrileños que, mientras hacen la laboriosa digestión del gazpacho, invaden resueltamente la vía pública provistos previamente de sillas, banquetas, jergones, colchones y ¡hasta catres! En fin, de todos esos utensilios domésticos llenos de comodidad y de chinches, estacionándose á lo largo de las aceras, sin que los señores de la policía urbana se permitan molestarse en nada, quizá porque el nombre obliga, y la condescendencia sea una de las más adorables formas de la urbanidad.

Allí duermen fresca y sosegadamente, aunque tanta frescura redunde en perjuicio de los transeúntes que no se hayan decidido todavía á imitar la sabia conducta de los caracoles arrastrando la casa consigo. Para estos personajes ambulantes la circulación es una verdadera carrera de obstáculos. Hay ocasiones en las que la calle queda en absoluto interceptada, y el buen viandante tiene que resignarse y desfilar por aquel intrincado laberinto de muebles viejos, con la seguridad de llegar tarde al sitio de su destino.

Pero este no es el peor de los males. Desgraciado del *explorador* de aquellas *latitudes* que tenga la desventura de, por su prisa ó su azoramiento, pisar alguna *suculenta* pantorrilla de aquella colectividad de tumbones. Todas las injurias, todos los insultos, todos los timos y donaires pintorescos caerán sobre su atribulada testa.

Entre los invasores del flamante enlosado y adoquinado municipal hay tipos muy curiosos. Existe el flamenco filarmónico que, al compás de su guitarra, se dedica á llorar á su difunta madrecita para entusiasmo y alegría de sus convecinos; exaltación, desde luego, muy poco respetuosa para el consabido cadáver. También son personajes típicos el hombre de los ronquidos, sempiterno durmiente gracias al beneficioso influjo de una soporífera papalina; la *comadre*, la clásica *comadre* madrileña, nacida para el dulce *sport* de la murmuración; la pareja de novios que dan vueltas á la manzana, deteniéndose de vez en cuando ante los tenderetes, tal

vez para disculpar el abuso de la manzana; en fin, todos esos casticísimos tipos que han visto crecer las simbólicas patillas del Sr. López Silva, admirable cantor de la mugre regocijada y de la jovialidad hambrienta.

Además, poseen estas vías, invadidas por un ejército de somnolientos, el atraente encanto de los muchachos, con sus gritos, sus aullidos y sus piedras. A las veces se oye el chasquido de un botijo, seguido de un coro de imprecaciones y denuestos. La turba infantil corre bullícidamente, y al poco rato se oye también el chasquido de una cabeza.—El hombre está igualmente hecho de barro.—Otras

veces suena en un extremo de la calle *acaparada* el metálico tintineo de un cascabel: es un coche de punto que conduce á cuatro señoritos jueguistas á las típicas tareas del distrito. El ejército se solivianta: las mujeres se refugian en los portales, los chicos arrecian en su lluvia de proyectiles de arroyo, los señoritos de la manuela cantan y palmotean, mientras un pobre covachuelista, de esos *que tienen que llevarse los expedientes á casa*, se asoma al balcón exclamando desesperado:

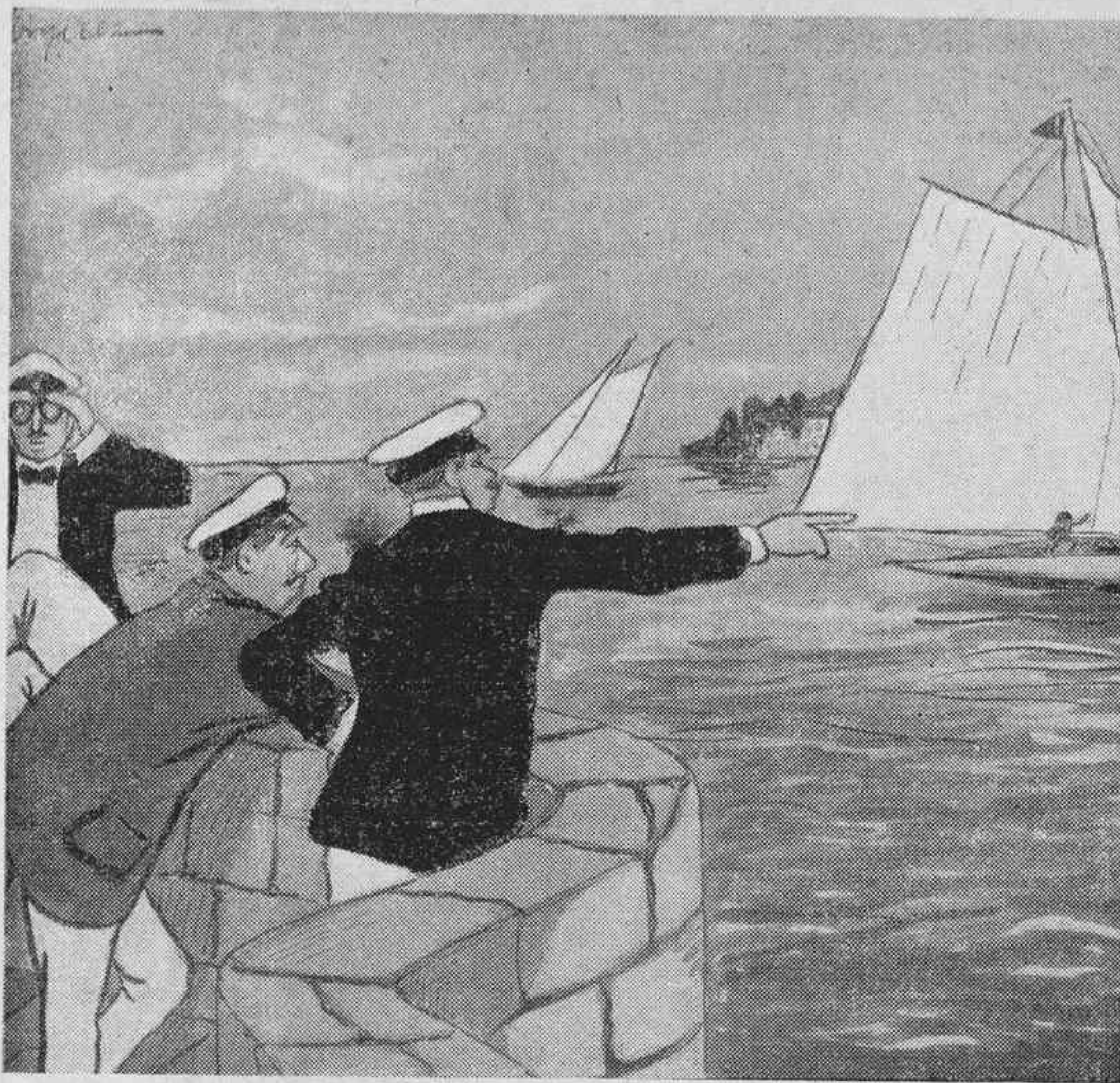
—¿Se puede vivir, caballeros?...

Antonio Roldán.



—Lo escondí en mi baúl, pero no quedó bien tapado y..... de allí salió el pobre para el Hospital.....

—Pues mira, parecía que tenía ese presentimiento, porque le he oído siempre decir: Ya verán ustedes como el mundo va á ser pequeño para mí.....



—¡Nada! ¡Nada! Julio se gana la copa.
—Pues ya lleva quince ganadas.
—Y á pesar de eso no se emborracha.

La picardía del gitano

(CUENTO VIEJO)

Eranse dos gitanos andaluces, que si no muy viejos, pues aún sus cuerpos se movían jacerandosos al andar, con esa chulona marchosería innata en los *cañís*, distaban mucho de ser unos muchachos. Hondas arrugas surcaban sus rostros de un moreno cetrino, y á los negros y rizados cabellos habían sustituido hirsutas y canosas pelambreras. Quiero decir con esto, que doctores eran en toda clase de pircadías y manejos, ya que no en vano pasaron los más de los años de su vida trapicheando de feria en feria y viendo á qué *payo* podían engañar, á trueque de dar más de una vez con sus huesos en la cárcel del partido. Y dicho se está que toda esta serie de aventuras y malandanzas les tornaron de tal modo escamones y ladinos, que ni aun de ellos mismos se fiaban.

Compadres eran los dos gitanos que por el señor Frasquito "el Cuatrero", y el señor Manuel "el Manga", eran nombrados en ese pintoresco rincón de Granada que se llama El Albaicín, sitio de donde eran nacidos. Era toda su vida de jóvenes una ejecutoria de majeza, y contábase de ellos que, allá por sus años mozos, tan castizos eran para gastar sus onzas en unas arracadas para la moza que fuera su cortejo, como para buscar con la certera punta de su faca el corazón del valiente que osara pisarles el terreno. Así, en la vejez, eran tenidos en mucho respeto por los muchachos, que admiraban sus pasa-

dos arrestos, y aun ahora, perdidas ya por el peso de los años las gallardías del talante, cuando pasaba por su lado una de esas mozas andaluzas, todas gracia, y *doñaire* y picardía, echábanse hacia el cogote los mugrientos cordobeses, y con una mano puesta en jarras y la otra apoyada en la vara, siempre salía de sus labios un piropo gracioso, intencionado como un epigrama. Y ni que decir tiene que en tocante á cosas de faldas, los consejos de cualquiera de ellos eran para la gente moza artículos de fe.

Toda la vida habían hecho juntos los dos gitanos sus correrías y trapicheos, y á la sazón iban de un pueblo andaluz, donde había finado la feria, á otro donde comenzaba días después.

Pingües fueron las ganancias obtenidas y, en el vagón, la alegría de los gitanos desbordábase en cuentos chispeantes é intencionados, que eran holgorio y regocijo de sus compañeros de viaje.

La media noche iba por filo, cuando llegaron á una estación en la que habían de esperar hasta el amanecer, para dar tiempo á que llegara el tren que les condujera al lugar de la feria.

Parados en el andén, discurrían el medio de pasar las horas que faltaban hasta la llegada del nuevo día.

—¿Le paece á osté que entremos en er café? Así como así, yo siento una mijilla é debiliá—dijo "el Cuatrero".

—Entremos compare—aceptó "el Manga".

Y entraron en el café, que, desierto, iluminado por mortecinas lámparas eléctricas, aparecía de un desolado aburrimiento.

Sentáronse ante una mesa, y vino el discurrir acerca de lo que iban á tomar. Ahora fué "el Manga", el que llevó la voz cantante.

—¿Le paece á osté que tomemos chocolate?

—Sea chocolate, compare—afirmó "el Cuatrero".

Se retiró el mozo y siguieron los gitanos comentando el buen resultado de la última feria y haciendo planes para la venidera. A poco, tornó el camarero poniendo sobre la mesa las dos tazas de humeante soconusco, y los platos con dorados picatostes de pan frito.

Enfrascados en la charla, dispusieronse ambos amigos á ingerirlo y fué el señor Frasquito el que, sin darse cuenta del peligro, empañó un picatoste y lo introdujo en la boca de golpe. ¡Nunca lo hubiera hecho! Sintió tan espantosa quemadura, que las lágrimas saltaron á sus ojos repentinamente.

—¿Qué ha zío ezo, compare?—interrogó el señor Manuel, á lo que repuso "el Cuatrero", no queriendo confesar su ignorancia.

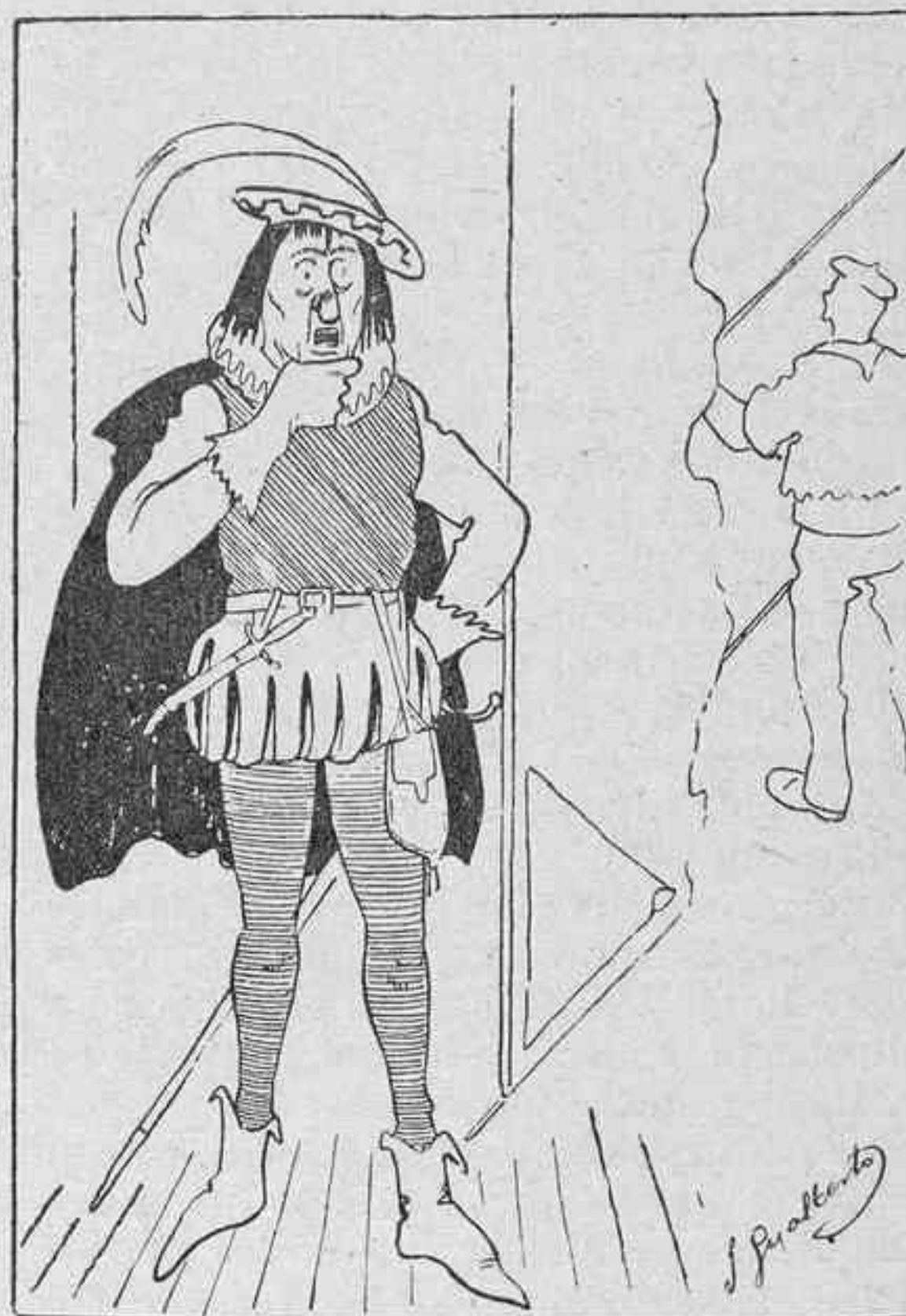
—Ná, compare, que como á mi probesita mare la gustaba tanto er chocolate, cuando lo tomo m' acuerdo d'ella, y zin poerlo remediá ze me zartan las lágrimas.

—Vamo déjese osté de cosas tristes—argulló "el Manga", á tiempo que engullía una sopa, que le produjo tal quemadura, que también le saltaron las lágrimas.

—¿Qué le pasa á osté, señó Manué?—interrogó socarronamente "el Cuatrero", á lo que contestó "el Manga", con marcada mala intención, dolido por el engaño de su compañero.

—Ná, comparito, que m' acuerdo de la probesita mare que á osté lo parió y por ezo yoro.

Daniel Valdivia.



—Pues señor, llevo dos actos y aún no me han arrojado ninguna patata... ¿Será que canto hoy mejor, ó que aquí van caras las patatas?

Noche de luna

Bajo los cielos, en la noche de luna la calle solitaria tiene una dulce vaguedad de ensueño.

Y en la reja florida, Salud, una mocita ingenua y soñadora, pela la pava con su novio.

A lo lejos, la fontana del patio murmura una canción de serenata á las estrellas.

Y los jazmines llenan de aromas el ambiente.

Y los amantes hablan.

—Mira, Salú; esto no pue seguir así por más tiempo. Mi madre me lo dice tos los días: Manolo, que te estás gorviendo un pito... ¡Y cuando mi madre lo dice!...

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te pueo yo querer más de lo que te quiero?

—¿De verdad que me quieres, Salú?

—De verdad, Manolo. Y tú, ¿te acuerdas muchas veces de mí ar día?

—Muchas; al acostarme, sobre to.

—¡Manolo!

—¿Qué tié eso de particulá? Cuando me queo en mi cuarto, más solo que un bastón, empiezo á cavilá y á pensá en ti y en lo que haríamos cuando nos casáramos...

—Y la vela derriéndose.

—Salú, no te guasées, que lo que te hablo es más serio que una misa e difuntos.

—Mia, chiquiyo, que cuando tú yegues á ser un buen torero... Yo no sé por qué los toreros se me antojan cosa sobrenatural; tos yevan consigo algo que agarra mucho en er corasón de nosotras. Eso de irse eyos á la Plaza, en er coche que va sonando los cascabeles, como diciendo: "aquí va la alegría!", mientras las mujeres se quean en la casa rezando y rezando pa que no les pase na, es tan bonito... y es tan triste.

—Pos eso no me gusta. ¡Si supieras tú á mí que poquísima gracia me hacen los cuernos!

—¿Y te piensas casá conmigo?

—¡Toma! Pos por ti toreo; porque sé que te gusta, que si no... Así es que cuando me sale un toro de esos que le meten á uno er corazón en los carretines, me acuerdo de ti, y me voy pa er desidío, y me abro de capa...

—¿Y qué haces?

—¡Sartá la barrera!

—No me cuentes eso.

—¿Y si me empitona?

—Mejó. La memoria de los toreros que mueren en la Plaza vive siempre en el arma de los españoles.

—Eres anarquista.

—¡Soy andaluza! Algunas veces he soñado yo con eso. Soñé que eras tú más que *Guerrita*, y que una feria toreaste en Córdoba. La tarde alegre, de toros, con un sor que achicharraba; la Plaza, yena; en los parques tó el mujerío; en los tendíos toa la afición. Y tocaron las bandas un pasacalle, y salieron las cuadrillas con sus trajes de seda y de oro, y tú ar frente de eyas. Y después sonaron los clarines, que parecía que tocaban á muerte, y hubo un silencio muy grande. Y soñé que salió un toro negro que, con sola su presencia, hizo levanta un murmujo de entusiasmo en la Plaza. Tú mandaste retirá la gente ar cayejón.

—¡En seguía!

—Te juiste pa er bicho y, solo, comen-

EL REMATANTE DE SUBASTAS



—¿Cuántos grados de temperatura tiene, Doctor?

—Treinta y nueve.

El enfermo se incorpora en funciones.—Dan treinta y nueve....., treinta y nueve á la una, treinta y nueve á las dos..... ¿Hay quien dé más?

zaste una faena que, frenético, el público coreaba con sus aplausos. Pero, de pronto, er toro, aprovechando un descuido tuyo, te cogió por el pecho...

—¡Salú!

—Te vorteó, te echó por los aires, te gorvió á enganchá...

—¡Salú!

—¡Hasta que te dejó muerto en la Plaza!

—¡Camará con er sueñecito! Y yo teniendo que toreá mañana. ¡Cuarquilea se acerca!

Y yo no yoré. Me dió, sí, mucha pena. Y me corté er pelo, y me hice monja. Y tós los días, cuando, como una sombra blanca, pasaba por el altar mayor de la iglesia, me paraba á rezá y rezá por el arma de mi torero. ¿Tú no has soñado?

—Como tú, no; porque si ensueño eso, no despierto.

En silencio se miraron. Y aquella mirada decía mucho, mucho...

Hay una pausa. Y en el silencio agosto la fontana sigue murmurando quedo, poniendo un comentario irónico sobre el encanto sentimental de la noche de luna.

J. Fernández del Villar.

MIS AFICIONES

Son lenitivo á las penas y consuelo á los reveses de la existencia estos meses cálidos de las verbenas, porque ellas júbilo son, y, repletas de bullicios, cantan el placer y el vicio, padres de la inspiración.

Son las verbenas mi encanto, y, como es lo natural, entré este año en mi triunfal carrera por la del santo; y vi á la gente esparcida, bullendo en confuso hervor, retozona y gentil por los prados de la Florida; y al parpadeo oscilante de las luces temblorosas, á mujeres voluptuosas luciendo el mantón flotante; y oí el gentil tiroteo

de flores y de epigramas
fugitivas como llamas,
incentivos del deseo;
las voces fuertes y sanas
que gritan furiosamente,
pregonando bravamente
alcahueses y avellanas;
el metálico estribillo
de un pasacalle cualquiera
que, en música callejera,
nos ofrece el organillo;
del andar de los corceles
el gallardo tintineo,
y el loco repiqueteo
de sus áureos cascabeles;
de las guitarras el rasguear,
y sentí mareo ardiente
ante la ola de la gente
que refluye sin cesar,
mientras tienden densos velos
en la atmósfera abrasada,
del polvo la espesa oleada
y el freir de los buñuelos.

* *

Eso que hice en la primera
verbena lo hice también
en la de San Juan, y eso en
la mía, que es la tercera,
y en la del Carmen, que huella
en mí deja mucho más
profunda que las demás,
porque Carmen se llama *ella*,
y eso haré, si Dios me ayuda,
y desdichas no me asaltan
en las verbenas que faltan:
¡sobre ello no cabe duda!

* *

Con espontánea alegría
ahora, de un modo formal,
prometo á la romería
última ir en compañía
de una muchacha juncal
cuya gran belleza altera,
de ojos que son una hoguera,
y comer con mi morgana
lo que le viniere en gana,
y bebernos lo que quiera.

Pedro Barrantes.

Mujeres de España

LA MALAGUEÑA

Por la gracia y por el arte
de tu abolengo andaluz,
en un abrazo de luz
fundieronse, al engendrarte,
la media luna y la cruz.

Por tu faz eres morena;
por tu candor, azucena;
por tus decires, gitana;
por tu sentir, nazarena;
por tu pensar, musulmana.

Hecha de lirio y clavel,
cifien tu divina frente
la púrpura y el laurel:
la corona del creyente
y el turbante del infiel.

En tus mejillas de rosa
y en tu seno de azahares,
se une la hurí voluptuosa
del Profeta con la Esposa
del "Cantar de los Cantares".

Y en tu lenguaje, oración
que brota del corazón,
entremezclándose van
los versos de Salomón
y las *surahs* del Corán.

Odalisca y virgen eres
para el hombre á quien prefieres
de entre tus adoradores:
odalisca en tus quereres,
y virgen por tus pudores.

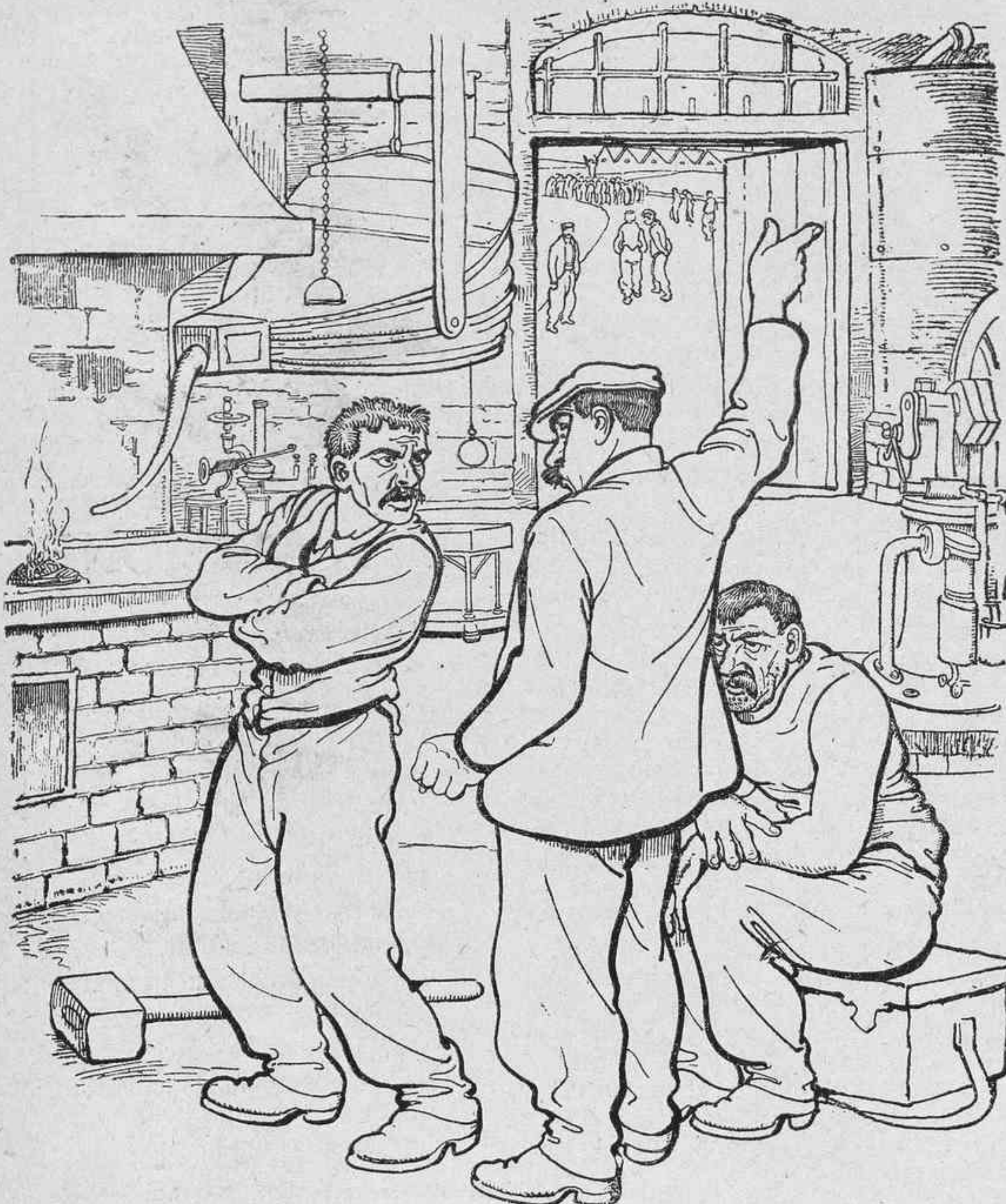
Nacida para el amor,
eres la ideal mujer
con que sueña el trovador:
cristiana para el dolor,
y mora para el placer.

Eres la grácil paloma
cuyo nido está en la loma
de un monte del *Andalús*,
entre la grey de Jesús
y la secta de Mahoma.

Que en tu corazón se hermana
la descendencia latina
con la progenie africana:
y, así, eres de estirpe humana,
pero de esencia divina.

Y en el místico vergel
te idolatran por igual
el creyente y el infiel,
por tus labios de panal
y tus palabras de miel.

¡Ya ves si, por gracia y arte
de tu abolengo andaluz,
en un abrazo de luz
fundieronse, al engendrarte,
la media luna y la cruz!

Carlos Miranda.

—El secretario del Sindicato quiere tenernos aún en huelga. Ya es demasiado...

—Es verdad; pero es preciso obedecer... Que los patronos sepan que el obrero es libre...

LA ÚLTIMA INTOXICACIÓN



El doctor.—No cabe duda; esto es una intoxicación producida por la merluza.

El paciente.—Pues le advierto á usted que era Cazalla legítimo.

LA IMPACIENCIA DE UN ACTOR

Hace unos años llegó a un pueblo de la provincia de Málaga una compañía de comediantes. Eran los tales gente nómada, desconocida entre los verdaderos actores, que, por su falta de aptitudes ó por su mala suerte, andan rodando de pueblo en pueblo, recordando, en pleno siglo XX, los antiguos carros de la farándula.

Y menos mal, cuando su arribo es a un pueblo donde hay teatro y gentes que han ido a la ciudad, y, aunque poco, saben lo que son comedias. Lo malo es—y es lo más frecuente—cuando la andanza se efectúa por aldeas, donde sus moradores son verdaderos caribes, donde no hay teatro y tienen que representar en el patio de una posada ó en un establo.

Entonces, como el local no tiene nada de teatro, cada vecino del pueblo trae de su casa la silla donde ha de sentarse para presenciar la representación. Si la farsa no es de su agrado, forzosamente han de aguantar los cómicos toda clase de insultos y de ultrajes. Y al final, cuando el encargado de la recaudación pasa la bandeja entre los circunstantes, ve con dolor que lo recogido no alcanza ni para abonar al posadero el importe de sus hospedajes. Y entonces viene lo más triste. Como el posadero no es hombre que atiende a razones, sino a hechos, escucha como quien oye llover las disculpas y promesas de los cómicos, y éstos salen casi siempre sin equipaje y tundidos a palos.

Tras muchos episodios como ese, habían llegado por fin mis héroes a un pueblo donde había teatro y que ofrecía un buen negocio, por hacer mucho tiempo que no se daban representaciones.

Reunióse la compañía, y, a indicaciones del que hacía las veces de director y en atención a la próxima festividad de Todos los Santos, se acordó que el debut fuera con *Don Juan Tenorio*.

Vinieron en seguida las dificultades para el reparto, pero todas quedaron vencidas, encargándose algún individuo de dos ó más papeles. Sólo faltaba un personaje: el alguacil que prende a Don Juan en el primer acto.

Consultado el caso con el dueño del teatro, indicó que un tramoyista que había en él y que muchas veces trabajó con éxito en funciones de aficionados, podía sacarles del apuro. Como el papel tenía poco que hablar, aceptaron los cómicos.

Transcurrieron los ensayos sin ninguna dificultad. El improvisado actor se sabía de memoria las ocho ó diez palabras que tenía que decir. Y llegó la noche de la función.

El teatro estaba lleno hasta el tejado, y los comediantes locos de contento por la ganancia que la primera función iba a proporcionarles.

Mucho más alegre que ellos estaba el tramoyista de verse trabajando con cómicos de veras. Dos horas antes de empezar ya estaba el hombre vestido paseando por entre bastidores y luciendo, lleno de orgullo, su chambergo y su espada.

Empezó la función. El tramoyista, impaciente, atisbaba desde la primera caja lo que acontecía en la escena. No pudo contener su impaciencia por más tiempo, y deseoso de lucir la gallardía de su figura, salió a escena antes que estuviera en ella Don Juan y cuando no era necesaria su presencia, puesto que a él había de prender.

—¿Ha venido por aquí Don Juan Tenorio?—gritó encarándose con el hostelero.

No es para descrito el pánico que en los comediantes produjo la injustificada salida del tramoyista. Con desesperados gestos indicábanle todos que se retirara, y él, sin comprender lo que pasaba, repitió la pregunta tres ó cuatro veces, hasta que, indignado porque no le contestaban, gritó con furia:

—¿No ha venido?... Pues gorveré luego.—Y salió.

Como en el teatro había personas que conocían la obra, se llamaron a engaño ante tal burla, y el escándalo que se armó fué tan espantoso, que tuvo que intervenir la autoridad. Inútiles fueron las protestas de inocencia de los actores y sus promesas de reanudar la representación. Hubieron de devolver el dinero, viendo cómo se les iba de las manos la comida de muchos días, y contentarse con desahogar sus iras en las costillas del desdichado tramoyista, que harto cara pagó su impaciencia por lucir sus dotes de actor.

Diego Martín del Campo.

REMIENDOS

Dichoso el que puede llamarte coqueta;

y dichoso también el que puede tener dos pesetas.

Tienes los ojos muy negros y muy negras las pestañas, y negras tienes las manos porque nunca te las lavas.

Es la vida una botella que está llena de morapio, y por eso yo, la vida la suelo pasar a tragos.

No eches la culpa al correo, pues las cartas que no llegan es porque los sellos faltan ó porque están mal las señas.

Yo no sé qué tienen tus negras pestañas, que cuando las rozo al ir a besarte, la frente me manchan.

Valentín Mouro (hijo).

EL ENCENDEDOR ELÉCTRICO

(Historieta muda, por Augusto)



INFORMACIÓN TEATRAL

—Es indudable que Enrique Chicote es un celoso empresario, digno de admiración y de alabanzas. ¿Que una obra de las que figuran en el cartel de su simpático teatro no lleva mucho público, como *La viva de genio*? Inmediatamente prepara un nuevo estrenito, sin parar mientes en que estemos á final de temporada; y como quiera que nuestro hombre sabe "dónde le aprieta el zapato", pues nos da á conocer una obra que, como *La Reina del Albaicín*, obtiene un éxito lisonjero, de billetes de cien pesetas. ¿No es esto algo así como el Evangelio?

—Eslo...

—Ya que no estuvistes en el mencionado estreno de los Sres. Larra, Castillo y Jover, bueno será darte una idea, á la ligera, de lo que es esa aplaudida zarzuela en dos actos.

—Venga de ahí.

—En primer lugar es un motivo para que los incomparables artistas Loreto y Chicote vuelvan locas á las gentes con el encomiástico trabajo que realizan en el desempeño de sus importantes y graciosos papeles.

—Me lo supongo.

—En segundo lugar, *La Reina del Albaicín* gustó mucho la noche de su presentación en el "trono", artístico de la calle de Capellanes...

—Hoy Mariana Pineda...

—¡Llámale hachel!

—Llamémosla como tú quieras...

—Porque se trata de una producción muy estimable, entretenida, y por ende originalísima, llena de incidentes cómicos de gran efecto y salpicada de chistes de los que no dañan á los oídos... ¿Entiendes?

—Como si me hablaras en perfecto castellano...

—Pues... perfectamente... Además, el maestro de los colmos más populares que se conocen—léase el maestro Calleja—ha querido que se sepa una vez más quién es él haciendo música, y ha dicho...

—Sébase quien es Calleja...

Bueno: ó algo así por el estilo; el caso es que toda la partitura merece el calificativo de notable, lo mismo por la cantidad que por la calidad.

—Loreto y Chicote ya me has referido que estuvieron colosales; los demás...

—Si no colosales precisamente, bastante bien. Merecen citarse los nombres de la Franco, la Aguila...

—Esta muchacha se "remonta", de día en día más y más en su lucida carrera artística...

—Como que "es", Aguila.

—Y porque vale.

—La Anchorena, la Román, la Martín y la Borda, y los Sres. Ripoll, Soler, Castro, Ponzano, González, Miranda, Bermúdez, etc., etc., etc., muy bien.

—En resumidas cuentas: que *La Reina del Albaicín* va á ser tan "espléndida", que á sus autores y á Chicote les dará lo suficiente para pasar el mes de Agosto en una playa del Norte, sin necesidad de recurrir al concurso de *La Tribuna*, el del rápido de la Coruña...

—Es de suponer...

—Pues, amigos míos, que vuelvan ustedes frescos..., pero sin exagerar...

—¿Con que la Membrives y Reforzo están camino de España y vienen contratados por la empresa de Apolo?

—Eso se dice.

—Veremos cómo son recibidos en la "catedral", del género chico.

—Bajo palio...

—Pero con algunos chistes fusilables de Mihura; con toda seguridad...

—No les arriendo la ganancia...

—¿Y qué te parece la elección de director artístico del teatro Español?

—Acertada, por tratarse del maestro Galdós.

—Pues á mí no me parece muy acertada. Razones: El insigne escritor no va á estar muy sobrado de tiempo para ocuparse del trabajo que supone el cargo que ha aceptado. D. Benito no puede abandonar la política, ni sus novelas, ni otros asuntos también de importancia...

—Cuando él se ha comprometido á llevar la batuta entre bastidores es indudable que se siente con bríos suficientes para no fracasar cual "Alejandro Miquis", que no dió pie con bola como director artístico, y cuya estéril labor le ha costado muy buenos cuartos al Sr. Madrazo.

—Miquis, que es un excelente crítico de teatros, no debió aceptar nunca el cargo que tan mal desempeñó. Ya habrá visto que "no es lo mismo predicar que dar trigo"; criticar desde la butaca, que hacerse criticar, con fundamento... Mas "agua pasada no corre molino".

Colirón.

Correspondencia particular

Trovador gentil.—Sevilla.—Sí, señor; voy á publicarlo, sólo para que la guardia civil proceda á su busca y captura y nos libre de usted.

"Sevillana de ojos negros como la flor del naranjo, por ti suspiro lleno de contento ya que me llamo Alejandro."

Corra, corra, que ya le buscan los guardias.

M. de M.—San Sebastián.—Parece mentira que pierda usted el tiempo en manchar papel. Yo, en el caso de usted, me iría á la playa á ver la hermosura de

las bañistas, y con ello siquiera no molestaría á nadie.

R. T.—Valencia.—¿Usted se ha fijado bien en sus versos? Son de lo más disparatado que se conoce. Decir que los árboles saludan equivale á asegurar que las ranas crían pelo.

El cadete.—Valladolid.—Otra vez será, mi amigo. Por ésta se queda usted como antes. Porque ¿se ha fijado usted cómo emplea los verbos? No hay derecho, créame que no hay derecho, por mucho cadete que sea usted.

Lisardo.—Valencia.—"Lisardo, en el mundo hay más", hay más poetas malos que buenos. Y usted, aunque atiende por Lisardo, es malo, muy malo. Sus coplas nos hacen recordar las espantables de cierta cursi poetisa que atiende... cuando la llaman.

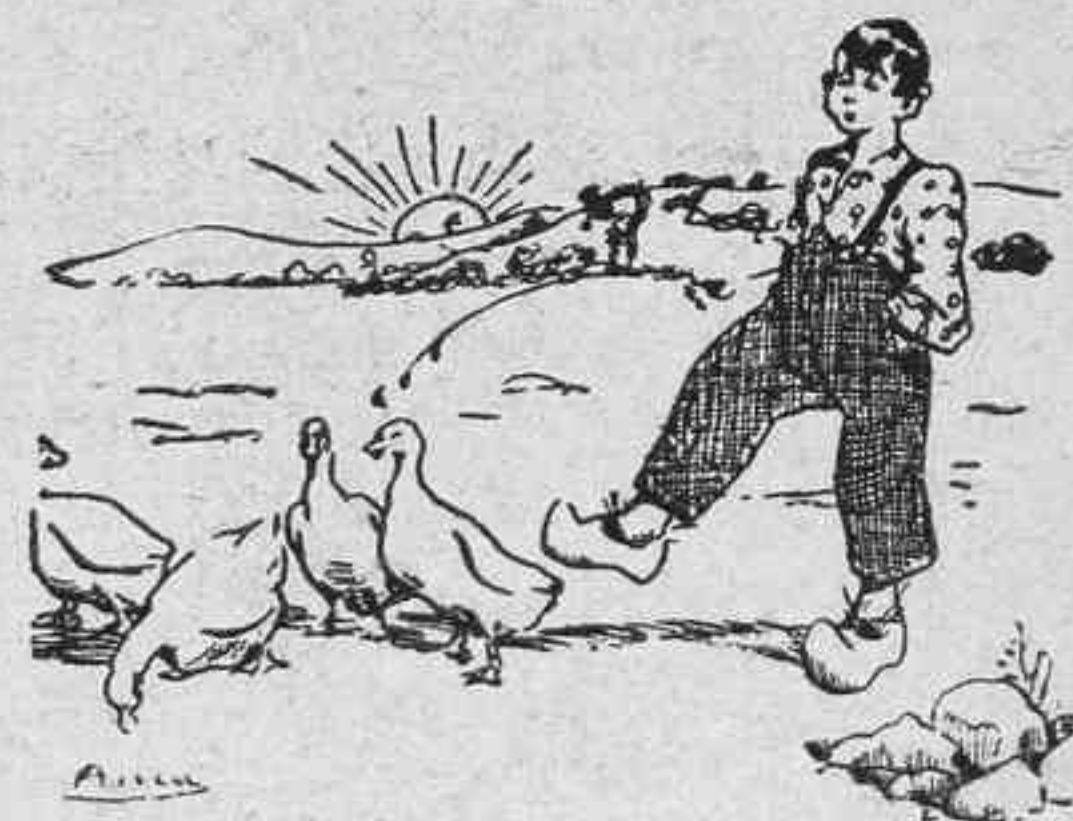
G. G. G.—San Sebastián.—En vez de llamarse como se llama, que son apellidos bien vulgares, debía de firmarse "El hombre de las tres G.". Pero que no crea que es usted el hombre de las tres gracias. Sus chistes no tienen ni la décima parte de una. ¿Es poca verdad?

Lerín.—Oviedo.—Devuelvo su artículo. Malo de toda maldad. ¿Qué le he hecho yo para que me condene á leer sus lucubraciones filosófico-festivas?

J. L. G.—Madrid.—Van sus versos publicados en este número; aunque son cartas tienen muchísima más gracia.

F. L. G.—Madrid.—"A una flor", se titula su carta, pues no le podemos llamar artículo, ni composición en metro libre, ni... nada. Usted, amigo, desconoce hasta las reglas más fundamentales de las costumbres de la imprenta. A sólo usted se le ocurre mandar un original escrito por el anverso y por el reverso. ¡Pobres cajistas! Ellos, si se enteran, execrarán su nombre. Nosotros, no. Tenemos para usted una gran piedad, aunque usted para nosotros no la tiene, porque "A una flor", es de tal calidad, que por lo que daña parece adelfa.

Taboadesco.—Túy.—¿Qué poco taboadesco es usted! Al leer el seudónimo leí sus versos, con el deseo de encontrar la huella del maestro. Pero no encontré ni huella ni... nada.





VERDOL

DENTIFRICO VERDE OXIGENADO • ELIXIR, POLVOS Y PASTA

- Por qué es el VERDOL el dentífrico moderno?
- Porque es antiséptico y destruye todos los gérmenes infecciosos de la boca...
- Porque tonifica las encías y facilita la salivación.
- Porque blanquea los dientes dándoles un esmalte incomparable.
- Porque es realmente agradable al paladar y perfuma la boca.

LOS MEDICOS LO RECETAN Y LOS DENTISTAS LO RECOMIENDAN

PRECIOS: Frasco pequeño, 2 pesetas; mediano, 3,50; grande, 6,50; de medio litro, 13,50; de un litro, 26,50.

Pasta en caja, 2 pesetas; ídem en tubo, 1,75. Caja de polvos, 1,75.

De venta: Madrid principales perfumerías y farmacias.




GIROD
Carrera de S. Gerónimo 43
MADRID
MOBILIARIO PARA ESCUELAS

BALNEARIOS Termas Matheu y San Fermín ALHAMA DE ARAGON

Su nuevo propietario, RAMON PALLARES Y PRATS, pone en conocimiento de los señores doctores y del público en general que los ha reformado con el confort que exigen las necesidades modernas. La bondad, riqueza y abundancia incomparable de sus aguas, su famosa CASCADA, su gran LAGO, su deliciosa temperatura y hermosos jardines, constituyen una estancia ideal. Muy indicados para el tratamiento del reumatismo en todas sus formas, y particularmente en el articular subagudo nervioso muscular, artritis y predisposiciones catarrales, neurastenia y traumatismos. A cuatro horas y media de Madrid en los trenes rápidos. Para detalles, en su domicilio, BOLSA, 2 (antiguo edificio de la Bolsa), MADRID, ó en ALHAMA DE ARAGON, dirigiéndose a la Administración TERMAS MATHEU.

MUEBLES LEGITIMOS DE VIENA MARCA THONET

Comedores, Alcobas, Despachos, Gabinetes y toda clase de tapicería. Muebles americanos para oficinas. Precios sin competencia.

THONET HERMANOS, MADRID
Proveedores de la Real Casa
10--Plaza del Angel--10
Exportación a provincias. Teléfono 2.901.

VENDER MUCHO

y ganar poco es el lema del nuevo dueño de la Sastre-
ría francesa. Fijarse bien: Conde Romanones, 13, ent.
Traje rica lana, de 50 pesetas..... en 25 ptas.
" drill lavable, de 30 pesetas..... en 15 "
Pantalones drill y lana, desde..... 6 "
A todo cliente se le regala un corte de chaleco fan-
tasía cuando sus encargos ascienden a 50 pesetas

MARCIANO

Artículos de fotografía, óptica y cinematógrafo.
LA CASA QUE MAS BARATO VENDE
MONTERA, 41.-MADRID
Trabajos de laboratorio para aficionados. Precios económicos.

HOMBRES

aquejados por enfermedades y debilidad nerviosa de-
ben leer sin falta el libro premiado del Doctor médico
Rumler, tratando de la "Debilidad nerviosa de los
hombres", según los puntos de vista más modernos,
con numerosos grabados y constando de 320 páginas.
Es un consejero verdaderamente práctico y útil y el
mejor guía para llegar a la curación de la extenuación
cerebro-espinal, de los desórdenes nerviosos de los
órganos de la generación, de las consecuencias de pa-
siones perjudiciales para los nervios y en todos los
casos de enfermedades secretas. El libro se remite
franco por la casa editorial, Dr. Rumler, Ginebra, 691
(Suiza), a quien envíe pesetas 2 en sellos. Escriba
usted hoy mismo en español a dicho señor.

BAUME BENGUÉ

Curación Radical de

GOTA
REUMATISMOS
NEURALGIAS

Dr. BENGUE, 47, rue Blanche, París y farmacias.



PAPELETAS DEL MONTE

Alhajas, oro, plata, platino, perlas y esmeraldas, compro al-
tos precios. Antigua Casa de Orgaz. Ciudad Rodrigo. 13.



En lugar del café, te ó chocolate, tomad todas
las mañanas una taza del delicioso

PHOSPHO-CACAO

El más exquisito de los desayunos.

El más potente de los reconstituyentes.

Aconsejado por todos los médicos a los con-
valescentes, a los anémicos, a los agotados, a
los ancianos y a los que sufren del estómago ó
del intestino.

El Phospho-Cacao constituye la alimentación más económica.

Su preparación es instantánea.

Envío gratuito de una caja para ensayo.

Escribid al depósito: **FORTUNY HERMANOS,**
Hospital, 32, BARCELONA.

En venta: Farmacias y buenas droguerías.

BALNEARIO DE LA ALAMEDA GUADARRAMA

TEMPORADA OFICIAL, 1.º DE JULIO A 30 DE SEPTIEMBRE

Las que más curaciones hacen de las enfermedades de las vías urinarias, cólicos
nefríticos y biliares, reuma gotoso, dispepsia, malas digestiones y enfermedades del artrismo.

GRANDES REBAJAS

Servicio de comedor: desayuno, almuerzo y comida, pesetas 5,50 y 8.

Hospedaje: habitaciones espaciales y ventiladas, desde 1,50 a 3 pesetas.

AUTOMOVIL desde la estación de Vinalba al balneario y viceversa; trenes, 7 y
8,25 de la mañana, y 6 de la tarde. Para más detalles, Carmen, 36, teléfono 2.034,
y Administrador en Guadarrama.